

ESTUDIOS

Mi concepto de libertad

Señores:

Mi ensayo está escrito en inglés no por preferencia ni petulancia, sino por mandato del Presidente de Columbia University. La traducción que acompaña al original inglés no es mía y cualquier similitud que tenga con el original es sólo una casual coincidencia. Compadezco, sin embargo, a mi desconocido traductor, porque después del dolor de pensar, el segundo martirio es el de traducir. Más fácil es hablar. Muchos de mis compatriotas así lo reconocen y a menudo se valen de este privilegio.

Gilberto Freyre nos ha dado en esta reunión una gran lección de silencio. No generalicemos, sin embargo: no digamos que todos los lusitanos son tan sobrios, tan parcios, tan medidos como nuestro antropólogo. Hace años fui presentado a la Academia brasileña por un furioso orador. La presentación —con todos mis méritos y debilidades— duró hora y media. Cuando llegó la hora de mi contestación, me levanté, dije: “muito obrigado”, y me senté. Aquella tarde, fui yo el Gilberto Freyre en el Brasil.

Si habéis leído mi trabajo o el resumen de mi trabajo, no necesito resumir aquí una síntesis de un resumen. En nombre de la libertad responsable dejo aquí mi protesta por la mecanización del sistema adoptado en esta conferencia. Más que una gloriosa conferen-

* Palabras pronunciadas en la conferencia sobre “Libertad responsable”, celebrada en 1954 por la Universidad de Columbia en Nueva York.

cia sobre un tema grandioso me parece esto un torneo de esos que podría organizar *Selections of the "Reader's Digest"*. La libertad reducida a siete páginas me parece libertad de isla, más que responsable, condicionada. Acaso sea mejor, ya que hoy andan por el mundo disfrazados agentes de la libertad, fantasmas armados de ocarinas y tambores, en cuya compañía no es fácil caminar. Yo que siempre ando solo, he perdido la habilidad de distribuir las partes de la oración con propiedad; he perdido la facultad de adjetivar, de resumir, de empequeñecer adaptando ideas y conceptos a circunstancias. Yo querría tener una vida muy larga para escribir mi concepto de libertad, y querría primero vivir mi libertad. Libertad para ponerme frente a mi propia alma sin morirme; para sentirla, sin rubores; para expresarla en una cotidiana heroicidad. Esta otra libertad, responsable, acaso demasiado responsable, limitada a diez minutos, o una hora, a unas páginas, me inquieta, me aflige, me deja la voz con tono de elegía. Ahí, en mi ensayo, en manos de ustedes, están mis ideas centrales: mi temor del imperio de las masas sobre la belleza inmortal; mi terror del plebeyismo artístico. Ahí está expresado mi miedo frente a la incomprensión, la indiferencia, la violencia brutal, la dictadura intelectual o política. El intelectual necesita de la libertad como el pájaro del aire, y no hay nada más trágico que la muerte del pájaro en el vuelo. Yo he aspirado siempre a una libertad absoluta de expresión controlada únicamente por la moral del intelectual, por la autocensura. Nuestro gran crítico brasileño, de nombre tan dulcemente americano, Amoroso Lima, nos habla de la excelsitud del arte que está más allá de todo interés utilitario. El arte sí. Pero el artista es hombre, y no puede vivir sino en la clara región de la justicia, de la pureza y de la libertad, que son para mí categorías de belleza. Sin ellas, el sapo se apodera del reino del ruiseñor; el pedagogo ocupa el sitio del maestro; el charlatán ahoga la voz del apóstol; la espada brilla más que el arco del violín, la hueca voz de los oradores profesionales ahoga las palabras del poeta.

Yo he expresado mi fe en el arte de América. Yo he dicho que el genio auténtico de nuestro continente está expresado en la obra de sus poetas, pintores, novelistas, compositores, arquitectos. América empieza a dar al mundo algunos de sus más grandes artistas. Lo único que ellos piden es libertad de expresión, que el censor moral, religioso o político no les cierre el camino; que no se ejerci-

te sobre ellos la presión de las masas enriquecidas; que la voz autoritaria no detenga su impulso creador.

El artista no puede vivir bajo un régimen de fuerza, ni ante el espectáculo de la miseria y la ignorancia. Su ciudad utópica tiene que ser la Democracia: una democracia funcional, dinámica, revolucionaria; no un sistema político estancado, instrumento de privilegios económicos y de fuerza agresiva. Una democracia que cada día vierta una luz nueva sobre los hombres, porque los hombres nacen cada día. Una democracia que lleve a sus ciudadanos "al reino de la muerte por el camino del amor".

A ese reino donde caminan juntos los hombres de América, los rubios, los morenos y los negros.

Me alejo de vosotros, amigos, por haber escuchado bien, con fuertes experiencias, con un revoloteo de abejas en mis oídos, y con nuevas verdades. Me alejo a mi destierro voluntario. Llevo en mis labios la palabra "nostalgia"; llevo en mi sangre el ardor de un optimismo por los destinos de América que yo no conocía.

A. TORRES-RIOSECO

